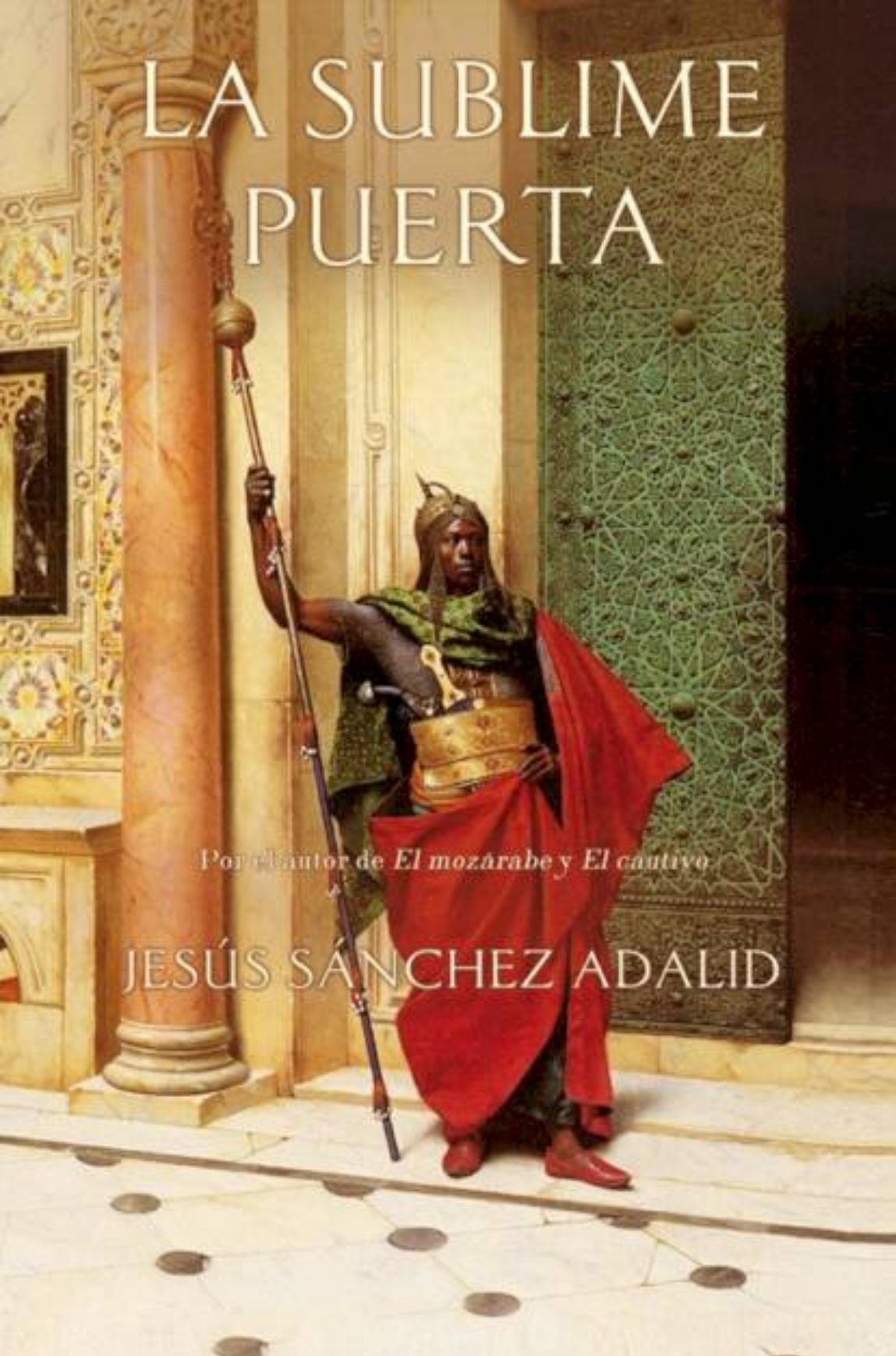


# LA SUBLIME PUERTA

Por el autor de *El mozárabe* y *El cautivo*

JESÚS SÁNCHEZ ADALID



Imperio otomano, siglo XVI.

Luis María Monroy un joven soldado de los tercios españoles de Felipe II apresado en la isla de los Gelves es uno de los muchos seres que sufren cautiverio a manos de los turcos. Sin embargo ha corrido mejor suerte que sus camaradas, habiendo evitado el degüello o el duro trabajo de galeote, gracias a sus dotes de músico y poeta. Dromux Baja gobernador de Susa lo ha elegido como esclavo, llevándose consigo a Estambul.

Sánchez Adalid retrata las extraordinarias vivencias de Monroy, quien, gracias a sus habilidades con el laúd, a su fina intuición y a algún que otro golpe de suerte, no sólo conservará la vida, sino que se convertirá en una pieza clave en las tramas de espionaje que facilitaron algunas importantes victorias a la flota cristiana.

Dedicado a Extremadura,  
mi tierra, que sigue dando gente  
tan singular como entonces.

Halláronse presentes a la plática la sobrina y ama, y no se hartaron de dar gracias a Dios de ver a su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de Don Quijote era falsa o verdadera, y así, de lance en lance, vino a contar algunas nuevas que habían venido de la corte, y, entre otras, dijo que se tenía por cierto que el turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio, ni adonde había que descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y Su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió Don Quijote:

—Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero proveer sus Estados con tiempo, porque no le halle desapercibido al enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejále yo que usara de una prevención, de la cual Su Majestad la hora de ahora desde estar muy ajeno de pensar en ella.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,  
*Don Quijote de la Mancha*, año 1605

# LIBRO I

Donde don Luis María Monroy de  
Villalobos  
cuenta cómo fue hecho cautivo por  
los turcos en los  
Gelves y la manera en que fue lle-  
vado a Trípoli  
primero y luego a Susa, en la gale-  
ra del fiero  
pirata Dromux Arráez, el renegado,  
que iba  
a Cairovan para ser gobernador de  
parte  
del Sultán de los turcos, nárranse  
también  
las muchas penalidades que pasa-  
ban los

cautivos cristianos en el almacén  
donde  
eran guardados.

## 1



Durante aquel tiempo, yo no pensaba en España. Pasaron muchos meses en los que preferí espantar los recuerdos. Consideré que sería mejor mirar hacia delante. Mi ciudad, mi casa, mi madre, mis parientes..., eran sólo lejanas sombras del pasado. No sé de dónde saqué la fortaleza y la presencia de ánimo para sobreponerme de aquella manera y dominar los impulsos que pujaban por hundirme entre tantas adversidades. Supongo que todo hombre lleva dentro un alma aparentemente frágil, pero capaz de endurecerse y de templarse como el más puro acero. Es un misterio, y a la vez un milagro. Por otra parte, aunque pueda parecer fantasía, no dejaba de verme nunca asistido por un interior presentimiento, como un acicate, que me llevaba a comprender que no me sucedía otra cosa que la realización de mi destino. Eso me daba fuerzas. «Soy un cautivo y éste no es mi mundo —me repetía una y otra vez—; esta vida pre-

sente es sólo mi cautiverio». Sabía que mi nombre cristiano, Luis de María, y mis honrosos apellidos, Monroy de Villalobos, eran nada en un país tan extraño al mío.

Al empezar a escribir esta historia, busco en el fondo de mi ser la memoria de tantas cosas pasadas y se despierta el dolor que sentí entonces. Pero de la misma manera me asaltan vivas imágenes de momentos llenos de esplendor, en que los sentidos estaban muy abiertos, los colores intensos, las sensaciones manifiestas y el ánimo trepidante. Sería por la mocedad. Ahora, al escribirlo, regresa todo. Como si hubiera estado ahí, aguardando a ser llamado, desde los oscuros rincones del pasado.

Era verano. La luz del sol resultaba cegadora haciendo resplandecer la tenue neblina que se alzaba donde las olas rompían contra las rocas. Las murallas de Trípoli brillaban y el puerto estaba atestado de gente. Los esquifes iban y venían trayendo y llevando pasajeros y pertrechos. La gruesa armada del turco estaba a punto de hacerse a la mar, dividiéndose allí mismo en tres flotas: en la primera había de partir el Bajá hacia Constantinopla, para llevar a Solimán la noticia de su victoria sobre la armada cristiana, y cautivos a los jefes del Alto Mando del ejército derrotado; al frente de la segunda flota iba el pirata Dragut, henchido de satisfacción por poder seguir haciendo fechorías por las costas de la Cristiandad, a su merced ahora, por no quedar nave cristiana en condiciones de hacerle frente; y la tercera flota — la más menguada—, era capitaneada por el renegado Dromux Arráez, que había sido distinguido por Piali Bajá después de la guerra de los Gelves y, como premio, recibía el encargo de gobernar Cairovan.

En la nave capitana de este fiero jenízaro iba yo cautivo, amarrado con recios cordeles por manos y cintura a los palos de la borda. Veía desde mi sitio a la chusma de forzados allá abajo aferrados a los remos que debían batir desespe-



radamente a golpes de látigo. Era muy triste la visión y lamentables sus figuras y semblantes. Parecíame que estaban descendidos en los mismos infiernos donde aquellos diablos de turcos les afligían con los más duros tormentos. Distinguía entre ellos a algunos de mis compañeros de armas; los cuales, desprovistos de sus insignias de soldados y desnudos los torsos o hechas jirones las pocas ropas que les cubrían, más bien parecían menesterosos desharrapados que los altivos militares del Rey de las Españas nuestro señor que eran antes de aquella malhadada derrota que tan deshecha y desventurada dejó a nuestra cristiana armada.

Corría el año de 1560, bien lo recuerdo pues tenía yo cumplidos los diecinueve años. ¡Ah, qué mocedad para tanta tristura! Habiendo llegado a ser tambor mayor del tercio de Milán a tan temprana edad, se me prometía buen destino en la milicia si no fuera porque quiso Dios que nuestras tropas vinieran a sufrir el peor de los desastres en aquella isla tunecina de los Gelves, a la que con tanta gana de vencer al turco habíamos ido, para ganarle señorío a nuestro Rey y dejar bien altas las cruces de nuestra religión y las banderas y estandartes de nuestros reinos. Era mi primera campaña y fui a toparme con mi primera derrota, y con la triste suerte de ir a parar a manos de enemigos; en vez de ganar aína gloria y fortuna, como me hicieron anhelar los engañosos sueños de juventud. ¡Mísero de mí!

Con mis aún tiernos ojos de soldado inexperto y falto de sazón, contemplé a los más grandes generales cristianos humillados delante de los reyezuelos mahométicos y los jefes turcos. A bordo de la enorme galeaza de Piali Bajá iba don Alvaro de Sande, llevado en el puente, dentro de un jaulón de madera. Era éste el más bravo y noble hombre de armas que había dado la vieja sangre cristiana de nuestra España. Con setenta años cumplidos combatió con el mismo brío del más mozo de los rodeleros y fue apresado con todos los honores del que se bate hasta el final, sin rendir

las armas ni pedir condiciones; mucho menos, suplicar por la propia vida ni arrojarse a los pies de sus cautivadores. Cuánto me dolía a mí considerar que tan valiente y grande general pudiera acabar sus días en tierra de infieles, cautivo; pues su avanzada edad le asomaba a la muerte con tantos padecimientos y afrentas como permitió Dios que sufrieran sus canas. Iban también presos camino de Constantinopla don Bernardo de Aldana, don Berenguer de Requesens y don Sancho de Leiva. Si es penoso ver a jóvenes soldados, como yo era, camino del cautiverio, ¡cuánto más a tan prácticos y renombrados militares de nuestros tercios!

Dividióse, como he dicho, la armada turquesa frente a Trípoli y pusieron rumbo al oriente las galeras del Bajá, a Malta las de Dragut y a Susa las del gobernador turco Dromux Arráez, en cuya galeaza me hallaba yo dando gracias al Creador por haber salvado la vida a pesar de ver muy cerca los trances de la guerra y tener la zarpa de la muerte a un tris. Pero no sería llegada mi hora y el Cielo quiso que mi persona despertara la codicia de los vencedores, viéndome libre de degüello.

Este Dromux Arráez a quien me refiero era valenciano y, por tanto, cristiano de origen, aunque había cambiado la religión verdadera por las mentiras del oro y los poderes que le ofreciera el turco, haciéndose jenízaro y prosélito de la secta mahomética, tan enemiga de nuestra fe. Sedujo a este fiero guerrero mi habilidad para tañer el laúd y cantar, cuando me descubrió prisionero en el fuerte de los Gelves. En tales circunstancias, conocer bien un oficio, saber lenguas o dominar un arte se convierten en la delicada frontera entre la vida y la muerte para los derrotados después de la batalla. Los hijos de Dios, pese a ser iguales a los ojos del Creador, son tan objeto de botín como un caballo, un cofre de monedas, una buena armadura o cualquier otra cosa que pueda aguzar el apetito de riquezas de los vencedores. Llévanse las pobres mujeres en esto la peor parte, pues quedan sus honras a merced de sus cautivadores que

hacen uso de ellas para satisfacer sus bajas pasiones. Aunque tampoco los varones se ven libres de esta infamia; sucediendo que aquellos que son agraciados con bellos rasgos y apostura suelen despertar la lascivia de los hombres afectos al propio sexo. Así de dura es la guerra.

Sucedíome, por ejemplo, a mí que se prendó de mi persona el rey mahomético de Cairovan; el cual, al descubrirme entre los infelices cautivos, abrió un ojo grande como un queso y se frotó las manos ávido de llevarme a engrosar sus pertenencias. Tenía este magnate moro una mirada de mujer libidinosa en su redondo y menudo rostro que me hacía temer los más afrentosos agravios. Pero ¡gracias a Dios!, cuando ya me asían sus sirvientes por el brazo para llevarme con ellos, apareció el jenízaro Dromux Arráez y manifestó no menor interés por mí. Aunque a éste, como digo, no le complacía de mi infeliz persona otra cosa que el hecho de haberme escuchado cantar una copla acompañándome en los tientos y fantasías con el laúd que alguien puso en mi mano. Se adelantó el jenízaro y le rugió a la cara al rey caravano frases incomprensibles en algarabía. Disputaron ambos brevemente. Pero siendo más grande el poder del turco, arrugóse finalmente el moro y fui yo a quedar en poder de Dromux, el cual me echó una cuerda alrededor del cuello y, sujetándola por el extremo, tiró llevándome tras de sí, mientras decía:

—Mío eres desde este momento, joven cristiano. No pensaba cargar con más cautivos de los que ya tengo ahí en mi galera, pero me ha gustado tu música. Esos dedos que tienes, finos para tañer, te librarán del remo.

Dicho esto, dio órdenes a sus hombres para que me llevasen a su barco. Miré atrás por última vez y vi a mis compañeros distribuirse cada uno con quien le correspondía después del reparto, camino como yo del cautiverio. Los que no interesaban a nadie fueron degollados allí mismo y su sangre tiñó las arenas de aquella maldita isla africana.

## 2



Navegábamos en la dirección de la puesta de sol cuando se divisó la franja de tierra que debía de ser nuestro destino, porque los marineros turcos gritaron a sus jefes:

—¡Susa, Susa, Susa...!

Irguióse Dromux Arráez en el puente y oteó el horizonte con gravedad en el semblante. Luego dio las órdenes oportunas a sus subordinados y éstos las transmitieron a las demás galeras de la flota con ostentosos gritos y movimientos de banderolas. Restallaron entonces los látigos sobre la chusma de forzados y los remos batieron fuertemente el agua. Veloces, los barcos fueron adentrándose en la curva que formaba la dársena del puerto.

Era grandiosa la visión de Susa irguiéndose desde el mismo mar, como una prolongada hilera de altas murallas, detrás de las cuales sobresalían soberbias fortalezas, poderosas torres y delgados minaretes. Estaban las atarazanas

atestadas de navíos de todos los tamaños, y no quedaba un palmo de arena libre en las playas, por tal cantidad de barcas como había varadas. Pero no se veía gente por los alrededores; ni pescadores faenando próximos a tierra, ni barqueros dispuestos a trasladar gente al puerto con sus esquifes.

De repente, tronó sobre las almenas un rotundo cañonazo y al momento brotó el estruendo de muchas bombardas, baterías y culebrinas escupiendo fuego desde las fortalezas hacia nosotros. Causó esto gran sobresalto a los turcos, los cuales se aprestaron a sacar sus galeras del alcance de los proyectiles que caían por doquier.

Dromux montó en cólera y rugía hecho una fiera por este recibimiento que a buen seguro no se esperaba. Reunió a sus capitanes y no tardó la escuadra en hacer maniobras para situarse de la manera adecuada con el fin de iniciar el asedio. Pero cesó el cañoneo pronto en las murallas y siguió luego una calma expectante que duró toda la noche.

En la primera luz del amanecer, se vio venir un navichuelo que pedía parlamentar. Desde donde me hallaba yo amarrado, vi ascender a bordo a unos moros muy bien compuestos que se arrojaron a los pies de Dromux con mucha sumisión y le estuvieron luego besando las manos y reverenciando. El jefe de los turcos les trató con desprecio y les habló desdeñoso con duro tono en lengua alárabe. Regresaron los moros a Susa llevando las nuevas y al cabo de unas horas estaban otra vez navegando hacia nosotros. No sé lo que se negociaba con este ir y venir de turcos a moros y de moros a turcos, pero duró el parlamento una jornada completa. Transcurrida la cual, y siendo ya la última hora de la tarde, se vio salir de la puerta principal de la muralla una vistosa comitiva de guerreros sarracenos, a caballo unos, en dromedario otros, y muchos dellos a pie, con estandartes, banderas y sombrillas de todos los colores. Salía también mucho gentío que saludaba alzando las manos y vitoreaba con moderado entusiasmo.

Contemplando esta deferencia, Dromux mandó a su escuadra aproximarse a tierra y las galeras comenzaron a bogar puerto adentro, hacia las murallas que parecían brotar de la arena al borde del mismo mar.

—*¡Ahlen, ahlen...! ¡Marhabá, marhabá...!* —gritaban desde tierra los de Susa en señal de bienvenida.

No bien habían caído las anclas al fondo, cuando dio comienzo el desembarco. Corrían atropelladamente los turcos hacia las bordas para descender a los esquifes llevando sus pertenencias. Se iniciaron entonces, como era de costumbre en ellos, muchas discusiones, empujones y peleas; causándose un gran vocerío y estrépito de pisadas sobre las cubiertas. Creí que perecería aplastado, pues me pasaron por encima decenas de hombres que me pisotearon y magullaron sin contemplación alguna. Y de nada servía que suplicase yo caridad y cuidado con mi cuerpo; pareciéndome que estas quejas les animaban más a comprimirme y golpearme. Ya me iba yo dando cuenta de que mi persona no tenía más valor que cualquier otra carga del barco.

Pero vinieron por fin en mi socorro los criados de Dromux, que debían de temer que me causasen mayor daño, siendo yo una pertenencia de su amo. Me desataron las ligaduras y me echaron una soga al cuello, llevándome con ellos a guisa de ganado. Fui trasladado a tierra junto con toda aquella barabúnda, apretujado entre fardos, baúles, mulas y personas. Y más me valía no hacerme notar, pues, cuando me removía para acomodarme un poco mejor, me caía un sopapo, una patada o un escupitajo.

Echamos pie a tierra en las arenas de una playa atestada de gente que se nos venía encima curiosa y vociferante, dispuesta a sacar provecho de los recién llegados, ofreciéndoles agua fresca, frutas, golosinas, fonda, mujeres y todo lo que fuera menester a unos fieros marineros turcos que andaban deseosos de estar en suelo firme.

Me cargaron como a un jumento, poniéndome sobre los hombros un pesado saco que apenas me permitía alzar la

cabeza del suelo unos palmos. Así que no veía yo sino pies y canillas asomando por debajo de las raídas túnicas de aquellos moros. El griterío en incomprensible algarabía me tenía sordo y confuso; mas, con la mente espesa y presa del terror, ¿qué otra cosa podía hacer sino dejarme arrastrar por mis cautivadores? No bien me paraba un momento para recuperar el resuello, cuando me llovían puñadas y puntapiés. De manera que vine a pensar que era animal de carga en vez de persona. Y con todo esto, no podía quejarme, porque vi aquellos días a algunos cautivos infelices a los que desollaron vivos por haberse puesto bravos ante tanta humillación o por haber intentado fugarse.

Decidí yo por encima de todo salvar el pellejo e hice propósito de someterme, callar y aguantar. Sin perder la esperanza de que me viniera mejor ocasión para escapar. Aunque una voz interior, como un sabio consejo de la natural prudencia, me decía: «Paciencia, Luis María; que esto ha de ser cosa de tiempo». Mas, es verdad que no temía por mi vida, porque ya me había dado cuenta de que mis cautivadores ponían cuidado en no dañarme demasiado. Al fin y al cabo, como ya dije más atrás, era mi música lo que le interesaba de mí al jefe Dromux, y esto me hacía ser mercancía valiosa en cierto modo.

Y vino a confirmarse mi convencimiento de que no me causarían mucho perjuicio cuando unos endiablados niños se acercaron a mortificar a los pobres cautivos cristianos, arrojándoles piedras y clavándoles afiladas espinas. Si no bastaba el tormento de ir amarrado y cargado con pesados fardos, encima la gente sarracena, lejos de apiadarse, venían a hacer escarnio y a azuzarnos a los inmisericordiosos niños, como perrillos rabiosos. Excepto los criados de Dromux, que se enojaron mucho y espantaron a la chiquillería a palo limpio.

Entramos en la ciudad por una alta puerta que se abría en la muralla y fuimos avanzando por los adarves hasta un laberinto de callejuelas por donde nos condujeron pasando